



Bernardo Monteagudo

Crimen de lenidad

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Bernardo Monteagudo

Crimen de lenidad

El temor y la esperanza son los únicos resortes del corazón humano, y la influencia combinada de estos dos principios determina en el hombre desde la infancia de su ser, sus inclinaciones y sentimientos, según la prevención de su juicio hacia los objetos de su voluntad. Calculado este principio sería muy fácil conducirle, si multiplicándose los errores, las preocupaciones y los vicios de la especie, no se disminuyesen e inutilizasen los medios de estimular con acierto aquellos dos grandes móviles de la voluntad de los individuos. En todas las edades y en todos los climas propende al bien y detesta el mal todo ser que piensa; pero son muy pocas las almas fuertes que aborrecen a este y detestan aquel sin esperar ni temer; y aunque en las revoluciones que de tiempo en tiempo causa el eco de la naturaleza, que reclama la independencia de los hombres, afecten algunas almas ese temple privilegiado; yo creo que nunca más que entonces obran la esperanza y el temor. ¡Ojalá que el objeto de la una sólo fuese la libertad, y el estímulo del otro la servidumbre! Por desgracia veo yo siempre confundidos y adulterados estos sentimientos, y los hombres cuyo ejemplo podría fijar la imitación de los demás, parece que sólo son sensibles a la prosperidad pública cuando ésta asegura la suya, y que sólo temen la ruina de sus semejantes, porque temen la propia, y porque ven frustrado el cálculo de sus pasiones. Esta degradante pero justa observación, nos pone en la necesidad de esperar más de la influencia de las pasiones, que del ascendiente de la virtud, estimulando al hombre por los principios de su conveniencia, antes que por los elementos de sus deberes. Las penas y las recompensas imparcialmente dispensadas, deben ser la égida de nuestra constitución: sólo aquellas pondrán freno al furor de nuestros enemigos, disminuyendo el número de sus envilecidos satélites: y sólo éstas fijarán la opinión del frío e ignorante egoísta, que no conoce otra norma de sus deberes que su conveniencia individual. Yo me avergüenzo de sentar una proposición que manifiesta desde luego el poco espíritu público que nos anima. ¿Pero qué serviría elogiar las costumbres de unos pueblos infantiles, que hasta hoy no merecen sino la compasión de los filósofos? Sería muy fácil, que creyéndose ya dignos de ser alabados, sin haber mejorado antes su conducta, se lisonjeasen de ser lo que deben ser, sin ser más de lo que son. Yo me he propuesto en todas las gacetas que dé al público (1), no usar de otro lenguaje, que del de un verdadero republicano; y no elogiar ni deprimir jamás en mis conciudadanos, sino la virtud y el vicio. Quizá se mirarán mis discursos como una sátira inútil contra nuestras costumbres, pero yo quiero decir lo que siento, aunque mi persuasión no iguale a mi celo.

Mi objeto actual es desenvolver los anteriores principios, y demostrar que nada ha perjudicado más los progresos de nuestro sistema, como la indulgencia y lenidad con los enemigos de él. Incapaces ciertamente de seguir otro impulso que el del temor del castigo, y acostumbrados a juzgar de la energía y dignidad de los gobernantes por el número de las víctimas que inmolaban antes al despotismo han creído que sus mismos crímenes eran el antemural que los defendía del rigor de las leyes, y que para estar seguros era preciso ser

delinquentes. Hasta ahora he visto desmentida esta verdad, desde las márgenes del Desaguadero hasta las del Río de la Plata que acabo de observar; y no puedo meditar sin emoción, cómo entre la multitud de hombres que desde el principio se declararon rivales de la causa de la naturaleza, no ha habido uno, uno solo que después haya abrogado sus errores y corregido su conducta: observo que a lo más han afectado en público esta enmienda, mientras en secreto sólo han trabajado en combinar subversiones, preparar trastornos y frustrar el voto de los corazones rectos. ¿Cuál es aquel, que convencido por los discursos públicos de la liberalidad y justicia de nuestras intenciones, ha desertado de las banderas de la tiranía y ha abandonado el partido de esos estúpidos y envilecidos liberticidas? Los discursos más elocuentes y persuasivos, apenas han servido para lisonjear por un momento la esperanza de las almas sensibles, que contando con la innata propensión del hombre a su felicidad, creían que animaba la elocuencia del atractivo de ventajas reales, haría un contraste a la indiferencia, a la rivalidad y a las pasiones.

Una conducta tan contraria a las especulaciones políticas y tan ajena de los cálculos de la prudencia, parece menos extraña y reprehensible que aquella clase de pueblo, que por haber sido siempre la depositaria de los errores y preocupaciones, estaba más acostumbrada al yugo de la esclavitud. Pero yo veo que los mismos que podían ilustrarla han sido los primeros en corromperla, ofreciéndole continuamente ejemplos de obstinación, de hipocresía y de maldad. De aquí han resultado los tumultos y sediciones repetidas hasta hoy en distintos puntos: de aquí la osadía y esfuerzo de nuestros enemigos exteriores, que prevalidos de sus agentes internos daban por ciertas nuestras desgracias, aun cuando el triunfo parecía estar escrito sobre nuestras armas; de aquí la insuficiencia de nuestros recursos y medidas, casi siempre frustradas insensiblemente por esa sorda y tenaz facción, que segura de la impunidad hace frente a la opinión pública: de aquí por último la languidez y el abandono de algunos buenos ciudadanos, que desesperaban de ver triunfante la virtud, mientras fuese tolerado el crimen.

Unas consecuencias tan funestas como necesarias a la impunidad, han retardado sin duda los progresos de nuestra revolución, sin que el sistema de indulgencia y moderantismo haya producido la más pequeña ventaja, capaz de compensar en algún modo nuestros decrementos. Por todas partes veo armados contra la patria a los mismos que nuestra lenidad había salvado, en circunstancias que su suerte dependía de nuestro fallo. Yo veo en los pueblos del Perú ocupados hoy por las armas insurgentes de Lima, que nada ha sido tan perjudicial a las nuestras, como la tolerancia de los apóstoles del despotismo: (1) entre estos veo al arzobispo de Charcas, hacer donativos, predicar homilías, lisonjear servilmente al desnaturalizado Goyeneche, y emprender en fin un viaje molesto desde la Plata a Potosí, sólo por hacer las exequias fúnebres a las execrables sombras de Sanz, Nieto y Córdoba: entre estos veo a los que refugiados antes al asilo de nuestra indulgencia, obtienen hoy las magistraturas de aquellas provincias, sirviendo de apoyo a los apurados proyectos del invasor: entre estos veo en fin a los que en el 7 del corriente conspiraron contra la paz pública, seduciendo a una parte de las legiones de la patria; y concluyo de todo esto, que no causando la lenidad otro efecto que subversiones, conjuraciones y males irreparables, la indulgencia nos hará cómplices en la ruina de la LIBERTAD si en adelante ponemos en una misma línea al que desea salvar la patria, y al que ha jurado elevarse sobre sus ruinas. Ministros de la ley, funcionarios públicos, magistrados de un pueblo que desea ser libre: mientras no veamos perfeccionada nuestra grande obra, mientras fluctuemos entre el temor y la esperanza de ser libres, mientras esté vacilante nuestra constitución, velad sobre la conducta de los enemigos públicos: su impunidad es un crimen en el que puede corregirlos,

y el que no castiga la transgresión de las leyes, es su primer infractor: consagrad vuestros deberes a la patria, y la posteridad recordará con gratitud vuestra memoria.

(1) Muchos de éstos fueron confinados a distancias moderadas en pena de sus crímenes; pero el gobierno antiguo frustró aún esta suave medida, ordenando luego su restitución. y preparando así los males que hemos experimentado antes y después de la jornada de Huaqui sin poder ya destruir su causa.

(*Gaceta de Buenos Aires* Diciembre 27 de 1811.)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

